

Pepe Beúnza

Valencia, 1948. El primer objetor de conciencia de España.

«Si tuviera 20 años sería un okupa de Can Masdeu»

Su negativa a ir a la mili de manera no violenta en 1971 fue el kilómetro cero de la insumisión. Por aquella desobediencia se las vio con dos consejos de guerra y pasó por una decena de cárceles y un batallón de castigo en el Sáhara. Le acaban de entregar el primer Premio ICIP Constructors de Pau en el Parlament.

POR NÚRIA NAVARRO

Hay en Pepe Beúnza una irrefrenable alegría de vivir. Quizá por eso soportó bien los dos años de cárcel y el paso por el batallón disciplinario en el Sáhara que le cayeron por negarse en enero de 1971 a hacer la mili. Eso, en una época en que todo español tenía la foto de la jura de bandera en un lugar principal. Hoy es un lozano jubilado que se dedica a la apicultura y a los asuntos de su pueblo, Caldes de Montbui, sin perder la atención sobre los males del sistema.

—¿El antimilitarismo le viene de familia?

—Yo fui el octavo de nueve hijos de un notario de Navarra, carlista y religioso. Supongo que esa mezcla de antifranquismo y ética cristiana me influyó, pero también el ingresar a los 14 años en el movimiento escolta, que me inculcó valores como el servicio a los demás y el respeto por la naturaleza.

—O sea, de 'outsider' nada de nada.

—No. En aquella época incluso llegué a entrar en el seminario de los capuchinos de Valencia, pero no estuve ni 15 días... La fiebre se me pasó bastante en la universidad, donde estudié para ingeniero técnico agrícola, aunque el espíritu del Evangelio quedó en mí. A los 18 años hacía campañas de alfabetización. Y salí al extranjero, a ver qué pasaba.

—Vio algo definitivo, intuyo.

—En Francia, en 1963, conocí la comunidad El Arca, fundada por Lan-

“

«Entonces la lucha se basaba en que no te cogiera la policía y yo quería ir a la cárcel»

«Mi discurso no ha cambiado: gastos militares para gastos sociales»

za del Vasto, un discípulo de Gandhi. Allí entendí lo que era la no violencia y oí hablar de la objeción de conciencia, un tema desconocido en España. Me interesó tanto que fui a entrevistarme con objetores franceses, suizos, belgas.

—Y decidió importar la fórmula.

—Maduré la idea durante cuatro años. Aquí era una propuesta rara. Entonces, la lucha política se basaba en que no te cogiera la policía, pero mi opción pasaba por ir a la cárcel. Había testigos de Jehová en prisión por no querer hacer la mili, pero me dijeron que estaban esperando el fin del mundo. Me desanimó ver que no sacaban provecho de la situación...

—¿Sacar provecho dice?

—Una de las tácticas de la no violencia es llenar las cárceles. Si la gente está dispuesta a ir voluntariamente, rompes el aparato represor del Estado. Eso hizo Gandhi y también Luther King. Es un camino difícil, pero el día en que haya 30.000 catalanes decididos de verdad a ir a la cárcel por la independencia, se conseguirá.

—Usted fue el primero. Valiente.

—Mire, yo tenía 23 años, nadie dependía de mí, era fuerte, la familia me apoyaba, tenía un buen abogado civil y sabía que Franco no sería eterno. Sin embargo, de aquella época recuerdo mucho el miedo y la soledad.

—Es comprensible.

—Pero las ideas toman forma y se fortalecen, y llega un momento en que la conciencia gana al miedo. Así que en enero de 1971 me negué a ir a la

Pepe Beúnza, días después de recibir el Premi Constructors de Pau en el Parlament.

mili y en el primer consejo de guerra pedí la pena máxima. Yo sabía que, al acabar el juicio, me preguntarían si quería decir algo y —esa era mi arma— tenía un discurso preparado. Me mandaron callar cuando iba por la línea 17, pero el texto ya había salido por todas partes de manera clandestina.

—Se convirtió en el manifiesto de la objeción.

—Pues, fíjese que cuando comparo aquel discurso con el que acabo de leer en la entrega del premio, no ha variado: gastos militares para gastos sociales, con la no violencia llegaremos lejos, no hemos nacido para matar a nadie... Matar a una persona es reconocer el fracaso de la inteligencia.

—El discurso será el mismo, pero las consecuencias son bien distintas.

—Bueno, me cayeron casi dos años de prisión —en Jaén, en Valencia, en Cartagena— y 15 meses en el Sáhara, por desertor. Pero la objeción avanzaba: cuando estuve preso en Valencia, Gonzalo Arias organizó una marcha a pie desde Ginebra. La prensa extranjera se hizo eco.

—Oiga, este tipo de luchas necesariamente causan fatiga.

—Hay que escoger las luchas que puedes emprender y te produzcan satisfacción. No puedes obligar a nadie a asumir un riesgo para el que no está preparado. Cuando me he sentido desanimado o cansado, me he ido a la montaña. Y he acudido al yoga, a la música y a la amistad. Hace poco he estado en el Puerto de Santa María, con los insumisos que cada año se manifiestan ante la base de Rota.

DANNY CAMINAL



¡Gente extraordinaria! Yo les animo y ellos me alimentan a mí. Es difícil alimentarte del que siempre piensa en la Fórmula 1, en la pista de tenis o en ganar más dinero, ¿no?

—Por origen, podría haber sido de esos.
—Claro, claro. Pero en la vida puedes escoger las ideas, el camino que quieres seguir.

—¿El camino del héroe?
—Eso me saca los colores... La visión radical no es posible, porque te llevaría a vivir a una isla desierta y en ellas suelen hacer experimentos atómicos. Verá, la vida es un deporte y hay que jugar. A unas cosas dices *sí* y a otras, *no*. Pero lo del heroísmo... Eso depende de con quién te compares.

—No se quite mérito, hombre.

UN MOMENTO

Pepe, libertad de conciencia y compromiso en la acción

No era sencillo en pleno franquismo —y estoy hablando de 1971— enfrentarse a una sociedad donde los valores militares no se discutían y en la que la objeción de conciencia a la mili llegó a ser considerada como una enfermedad. En este sentido podemos calificar a Pepe como un verdadero pionero. Un pionero que, a cambio de fuertes penas de prisión, se negó a admitir las armas como

instrumento de resolución de conflictos y que dio dimensión política a actitudes que algunos ya habían mantenido como postura religiosa.

A aquellas alturas, ya el colectivo El Arca y Pax Christi, que otorgó a Pepe el Premi Joan XXIII de la Pau, habían promocionado abiertamente en Catalunya la no violencia y el pacifismo activos que, con el paso de los años, convertirían a Barcelona en un referente de manifestaciones contra

Por Arcadi Oliveres (*)

las intervenciones militares. Pepe, que es todo corazón y a la vez optimismo, hizo, y sigue haciendo, una magnífica labor pedagógica que cuajó entre otras muchas cosas en el conocimiento de la tarea de Gonzalo Arias, en su participación activa en el Consell Català de Foment de la Pau y en una antológica declaración de «**No a la guerra**» que realizó hace unos años con motivo de la celebración, el 31 de enero, del Día Escolar de la No Violencia i la Pau. A veces, como en este caso, tenemos razones para sentirnos satisfechos.

* *Preside Justícia i Pau y ha sido un activista en favor de los insumisos.*

—Fui el primer objetor de la mili por motivos ideológicos y el que organizó la campaña, sí. Pero dentro de la insumisión de los años 90 hubo gente de un heroísmo increíble. En la dictadura si pensabas y luchabas, ibas a prisión, que era donde estaba la verdadera libertad, donde podías discutir de lo que quisieras y leer libros que no se conseguían fuera. Pero en los 90 ya podías hacer y decir lo que te diera la gana, disfrutar de la vida...

—Eso es verdad.

—Uno de los insumisos con los que tuve el honor de autoinculparme era un chico valenciano que había estudiado Físicas y le daban una beca para especializarse en Astrofísica. Pues la rechazó y se fue a la cárcel en 1997. ¡Él sí que es un héroe, no yo! Yo acabé en prisión las dos asignaturas que me quedaban, no perdí nada.

—¿Qué fue de usted después de aquel periodo tan intenso?

—Cuando el movimiento estaba en



«Recuerdo el miedo y la soledad, pero la conciencia se acaba imponiendo»

carrilado y ya no había nadie en entre rejas, empecé a organizar mi vida. Quería montar una comunidad agrícola. Mi compañera y yo entramos de okupas en una masía en Gallecs, en unos terrenos expropiados entre Mollet y Santa Perpetua. Estuvimos dos años y fue apasionante.

—¿Fracasó el intento?

—Sí. Y ya tenía a mi hija y salió una plaza en una escuela-taller de agricultura en Caldes de Montbui, donde estuve 18 años. Fuimos los que tuvimos más premios Cirit de toda Catalunya. La cerraron por un desacuerdo entre la Diputació y la Generalitat, y me reubicaron como técnico en el Parc Natural del Montnegre i el Corredor. Ya estoy jubilado.

—¿Le gusta lo que ve?

—Veo que surgen alternativas. Veo a gente que hace muchas cosas.

—Si hoy tuviera 20 años, ¿en qué andaría metido?

—Viviría en una comuna agrícola o estaría de okupa en Can Masdeu. Y seguramente trabajaría en temas de soberanía alimentaria y de vivienda.

—El optimismo y la alegría no se lo quita nadie, ¿eh?

—En los escoltas era el animador del fuego de campo. Luego canté por los pueblos con un grupo de folk. Y cuando voy a las manifestaciones, le doy fuerte al tambor (tengo tres y un bombo). La alegría es una buena arma de combate. ≡